

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.53662>EDICIONES
COMPLUTENSE

Octavio Ruiz-Manjón, mi amigo

Alicia Langa Laorga¹

[en] Octavio Ruiz-Manjón, my Friend

Navacerrada, Junio de 2016

Desde mis montañas serranas, en gozosa jubilación, no quiero dejar pasar este momento sin recordar los años pasados en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense o incluso después de dejar yo la universidad, disfrutando de la inestimable amistad de Octavio Ruiz-Manjón: nuestras charlas, unas veces sobre las plantas que cuidábamos en nuestros despachos (o que nos cuidaba Julia Moreno), otras sobre las clases y algunas, sobre temas mucho más serios.

Tampoco olvido nuestros agobios en 1998 (¡cuánto tiempo!), con la organización del Congreso realizado por la UCM en conmemoración del Centenario del “98” y con la posterior publicación de todas las intervenciones de los que colaboraron con nosotros: *Los significados del “98”*. Todavía puedo hacer memoria de la cantidad de billetes de avión, reservas de hotel, atención a los participantes (en torno a cien personas) especialistas en todas las áreas del conocimiento, tareas en las que nos ayudaron magníficamente los becarios del departamento, muchos de ellos profesores muy valorados en la actualidad (lo que me vuelve a plantear el tiempo que ha pasado). Fueron días agotadores pero que, al menos en mi caso, han dejado su huella. Por cierto, terminamos con una estupenda comida, con nuestros ayudantes, días después de la finalización del congreso.

Un nuevo motivo de cercanía fue el primer proyecto de investigación en el que tuve ocasión de colaborar con Octavio (*Elaboración de una base de conocimiento para el análisis de los contenidos y de los medios de comunicación utilizados en el debate intelectual en la España de la Restauración (1875-1931). Proyecto de Investigación del Programa Sectorial de Promoción General del Conocimiento n° PB 98-0841*). Bajo su dirección tuve, incluso, la ocasión de pasar todo un mes en el Colegio Complutense de Harvard, experiencia espléndida, casi al final de mi vida académica y que recuerdo con cariño, sobre todo por la posibilidad de utilizar sus archivos y sus maravillosas bibliotecas. Como anécdota, algo que no puedo olvidar: las bibliotecas permanecían, al iniciarse la temporada de estudios, abiertas 24 horas, incluso los fines de semana. El primer sábado del curso me acerqué a una de ellas, pensando que estaría prácticamente vacía dado el momento escogido (sexto día de

¹ Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid (España)
mariaalicialanga@gmail.com

actividad académica, sábado, 23.30 horas) Cual no sería mi sorpresa al comprobar más de un sesenta por ciento de ocupación de los puestos de lectura (¡!!). Debería haber sacado una foto para enseñársela a mis alumnos.

Cuando ya esperaba retirarme a mis cuarteles de invierno (bastante fríos en mi hábitat de Navacerrada) recibí el nombramiento de Profesora Emérita, lo que me facilitó la posibilidad de colaborar de nuevo con el profesor Ruiz-Manjón en un segundo proyecto de investigación bajo su dirección (*Las elecciones de diputados en España durante la Segunda República (1931-1936). Análisis y comparación con sociedades europeas del período de entreguerras con vistas a la elaboración de una base de datos*), igualmente financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. En este proyecto trabajamos duro consiguiendo elaborar una base de datos muy interesante.

No obstante, hasta ahora solo he hecho referencia a mis experiencias académicas con Octavio. Pero yo he querido poner un título que fuera explícito sobre lo que quería resaltar: *Mi amigo Octavio*. Con esto quiero decir que, aún más que como compañero de trabajo, cuando pienso en Octavio lo hago como amigo.

En este sentido recuerdo las visitas veraniegas de los Ruiz-Manjón a Navacerrada cuando aún vivía Ricardo. Alguna cena en Casa Paco, con calor, porque venían pronto a un pueblo que, en verano, se despierta tarde, tanto por la mañana como tras la siesta, y extiende su vida nocturna hasta altas horas de la noche; la tertulia posterior, ya instalados en la terraza de nuestra casa del Reajo del Roble, y mucho más fresquitos, intentando arreglar el ancho mundo pero también charlando de lo que significa educar a los hijos (los suyos, porque nosotros no tuvimos, pero colaborábamos asiduamente en la “crianza” de los numerosos sobrinos, lo que nos daba cierta capacidad de juicio).

Los últimos años las visitas han cambiado de dirección. Sin faltar ni un solo verano, concretamente en el mes de agosto, Julia Moreno y yo nos acercamos a La Granja para pasar el día con Octavio y Lola. A los hijos, si los vemos, es de manera rápida porque tienen que atender sus compromisos. Hemos pasado muy buenos ratos (y esperamos seguir): comidas en el Club de Tiro, paseos, algunos años por Segovia (ciudad en la que yo me siento muy a gusto probablemente por mi ascendencia, en parte segoviana), otros por los maravillosos jardines de palacio, en La Granja. Es verdad que en la canícula de agosto poder sentarte a tomar café en uno de los chiringuitos, a la sombra de los árboles centenarios de los Jardines borbónicos, con una ligera brisa fresquita que baja del Guadarrama, concretamente del Puerto del Reventón y de las cumbres de Peñalara, es un auténtico privilegio.

En la mayoría de los casos, mientras Julia se queda charlando con Lola, Octavio y yo nos vamos a dar una vuelta por los caminos umbríos y silenciosos que nos llevan hasta la Ermita de S. Ildelfonso, frente a cuya fachada principal, en el banco corrido de antigua factura, nos sentamos recordando a un amigo común muy estimado por ambos y que disfrutaba a menudo de la paz que emana de este rincón. De regreso nos acercamos hasta la zona delantera del palacio y volvemos a admirar, por enésima vez, la estructura en cascada de la Carrera de Caballos, una de las fuentes más hermosas de todos los Jardines. Por encima, el perfil de las cumbres anima siempre a Octavio a comentar sus aventuras montaÑeras, subida al Reventón, a la Laguna de los Pájaros, al pico Peñalara por el Risco Claveles (paso que a mí me deja bloqueada un cierto tiempo sin decidirme a cruzarlo). Muchas son zonas que conozco y podemos cambiar impresiones sobre los problemas de las ascensiones: ciertos riesgos, duras subidas,

cansancio, etcétera. A Octavio le gusta la montaña. En sus días en Granada disfrutaba de sus recorridos hasta el Mulhacén o el Veleta, atacando la ascensión bien desde Borreguiles (en la estación de esquí de Sierra Nevada) bien desde Las Alpujarras.

Con la exposición de todo lo que antecede creo que queda claro que mi propósito ha sido hablar de forma muy especial del amigo con el que comparto muchos planteamientos de todo tipo y no solamente del compañero de trabajo, al que admiro por sus conocimientos, pero con el que me une una amistad que va más allá del trato académico aunque éste sea también gratificante.